

### “La tercera vía”: el espacio geográfico desde la teoría de la estructuración

De nosotros podemos decir lo que un tal decía en chanza: “No es posible tener la misma manera de ver, cuando unos beben vino y otros agua”... No hay, pues, que maravillarse de que no podamos entendernos unos con otros

(Bacon: *Novum organum*).

Como se enunció en otra parte de este escrito, en la teoría social contemporánea se está desarrollando un amplio e interesante debate en torno a la importancia del espacio en la explicación y comprensión de la dinámica social, y sobre la naturaleza misma del espacio. La “teoría de la estructuración”, desarrollada por el teórico social Anthony Giddens (Giddens, 1979, 1993b, 1995a, 1995b), ha sido considerada por algunos geógrafos como útil para entender la producción y reproducción social del espacio (Johnston, 1991; Gregory, 1994; Knox, 1994).

La teoría de la estructuración tiene como propósito articular las relaciones entre estructuras sociales y actores sociales en un esquema conceptual que supere el dualismo que ha caracterizado los discursos de la ciencia social tanto marxista como funcionalista, dado que ambos discursos insisten en la preeminencia del todo social sobre sus partes individuales, es decir sobre los actores o agentes sociales que son los sujetos humanos. Al mismo tiempo, se busca desvirtuar el discurso posestructuralista que privilegia la acción de actores sociales desarticulados (Giddens, 1979, 1993b, 1995a, 1995b).

El concepto de estructuración se fundamenta en la interdependencia entre los sistemas sociales estructurados y los individuos o actores sociales que, en su vida rutinaria, reproducen las condiciones de la estructura social en el tiempo y en el espacio. Los actores sociales son seres humanos con conocimiento, es decir, que actúan como “expertos” prácticos más que teóricos, dentro de límites históricamente específicos y en forma no intencionada. La estructura denota (Giddens, 1995a: 54), en el análisis

social: “Las propiedades articuladoras que consienten la ‘ligazón’ de un espacio-tiempo en los sistemas sociales; las propiedades por las que se vuelve posible que prácticas sociales discerniblemente similares existan a lo largo de segmentos variables de tiempo y de espacio, y que presten a éstos una forma ‘sistémica’”...

Según Giddens, los sistemas sociales, en tanto que prácticas sociales reproducidas, no tienen estructura sino que presentan propiedades estructurales. Una estructura existe como presencia espacio-temporal, como actualización de las prácticas sociales de los actores o agentes, cuya acción es a la vez orientada por dichas propiedades estructurales. La presencia espacio-temporal de las prácticas sociales constituye estructuras de carácter dual porque las reglas y los recursos implicados en la producción y reproducción de la acción social son, a la vez, los medios para lograr la reproducción sistémica de las prácticas sociales.

Por esa vía, Giddens considera que el dualismo macro/micro es anacrónico, tanto como el tratamiento separado de estructuras y actores que tradicionalmente ha hecho el análisis social. Agrega que ambos asuntos son insostenibles y no se ajustan con la tesis marxista de que los hombres hacen la historia constreñidos por condiciones estructurales que no son de su elección. De esta argumentación nace la idea de deconstruir el discurso marxista y el discurso funcionalista como una necesidad de actualizar sus potencialidades para el análisis de la sociedad situada en espacio-tiempo.

Otro concepto aportado por Giddens en su análisis de la estructuración espacio-temporal de las prácticas sociales es el de “distanciamiento tiempo-espacio”, que consiste en la ruptura paulatina de la necesidad de co-presencia y localidad en el ejercicio de la relación social, y la consiguiente dislocación entre espacio y lugar, como consecuencia del desarrollo de la comunicación mediada. Este concepto que, junto con el de “compresión del espacio-tiempo” desarrollado por Harvey, resulta de capital importancia para comprender la dinámica espacio-temporal de la sociedad contemporánea, lo expone Giddens (1993a: 30) como sigue:

En las sociedades premodernas casi siempre coinciden el espacio y el lugar, puesto que las dimensiones espaciales de la vida social, en muchos aspectos y para la mayoría de la población, están dominadas por la “presencia” –por actividades localizadas–. El advenimiento de la modernidad paulatinamente separa el *espacio* del *lugar* al fomentar las relaciones entre los “ausentes”, localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara-a-cara. En las condiciones de la modernidad, el lugar se hace crecientemente *fantasmagórico*, es decir, los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos. Lo que estructura lo local no es simplemente eso que está en escena, sino que la “forma visible” de lo local encubre las distantes relaciones que determinan su naturaleza.

La influencia de esta teoría en la geografía es cada día más importante. Varios geógrafos la consideran interesante y útil, particularmente en lo que tiene que ver con la comprensión de la producción del espacio, del lugar y la construcción social de la realidad, pues, por situarse en una vía intermedia entre los discursos estructuralistas y posestructuralistas, puede valorar en su justo término el papel de estructuras y actores en dichos procesos (Johnston, 1991; Knox, 1994).

El geógrafo Paul Knox (1994) reconoce las potencialidades de la teoría de la estructuración para el análisis de la producción social del espacio urbano, pues, a su juicio, ésta permite mirar el espacio físico como abierto a la construcción de realidades significativas que reflejan los valores, las actitudes y las estructuras cognitivas de los diferentes grupos implicados en los procesos, a la vez que ayuda a comprender cómo la urbanización, como estructura socialmente espacializada, reproduce y mantiene la dinámica de las relaciones de la sociedad capitalista.

Knox (1994: 284-285) sigue los argumentos de Giddens sobre la estructuración de la vida social para reformular el discurso de la geografía urbana. En su criterio, la geografía urbana debe ocuparse de estudiar los procesos, los productos y las consecuencias de la urbanización. De Giddens toma el concepto de estructuración basado en la interdependencia entre, por una parte, los sistemas sociales y las estructuras, y por la otra, la intencionalidad de la conducta individual. Knox plantea que los paisajes son creados por actores reconocidos (agentes) que operan dentro de un contexto social específico (estructura). Las relaciones entre estructura y agentes son mediadas por una serie de instituciones capaces de permitir o constreñir la acción. En el análisis, Knox identifica tres niveles: estructuras, instituciones y agentes o actores. Las estructuras incluyen el modo de producción, las arraigadas prácticas sociales de larga duración y que gobiernan la vida diaria, como la ley o la familia; las instituciones representan la forma de las estructuras, incluyendo por ejemplo el Estado y los aparatos estatales; los agentes son los actores humanos individuales que determinan los productos precisos y observables de cualquier interacción social.

El propósito de Knox (1994) es destacar que la geografía urbana es el producto de la urbanización como un proceso que involucra otros procesos de cambios económicos, demográficos, políticos, culturales, tecnológicos y sociales, todos operando en escalas locales, regionales y globales, y modificados por factores locales como la topografía y los recursos naturales. Es necesario analizar estos procesos para comprender la dinámica de los sistemas urbanos y los productos de dichos sistemas, como los patrones de uso del suelo, la ecología social, el ambiente construido y el carácter del urbanismo. Pero es importante reconocer que, agrega Knox, el corazón de la dinámica que conduce y da forma a la urbanización, son los procesos de cambio económico, a los cuales se subordinan los demás

procesos indicados, y que es el capitalismo, en las distintas fases históricas de su evolución, el que ha estructurado el espacio y los lugares urbanos. El capitalismo es, en suma, la estructura dentro de la cual actúan los distintos actores urbanos, razón por la cual se necesita reconstruir la geohistoria de dicho sistema.

En la medida en que la teoría social ha ido reconociendo la importancia del espacio y la espacialidad en la estructuración de la vida social, los teóricos sociales, especialmente quienes provienen de la sociología, han intentado construir sus propias teorizaciones sobre el asunto más o menos acordes con los desarrollos de la geografía. El teórico social Gottdiener (1994) identifica cambios significativos en la que denomina la “nueva ciencia espacial”, constituida por el cruce interdisciplinario de los discursos del urbanismo, la geografía y la antropología, integrados dentro de los fundamentos de la teoría de la estructuración. Esta nueva ciencia espacial, dice Gottdiener, parte de las siguientes consideraciones.

1. Tanto las relaciones espaciales como las temporales son intrínsecas a todos los aspectos de la organización social.
2. Ningún modelo simple de economía política, ni marxista ni neo-ricardiano, puede ser suficiente para deducir los actuales patrones del desarrollo regional multinucleado.
3. Una característica importante de la producción social del espacio es que los fenómenos geográficos y demográficos son representativos de fuerzas sociales que están en interacción y mutuamente relacionados.
4. La nueva ciencia del espacio necesita comprender integralmente la naturaleza tridimensional de la organización socio-espacial constituida por relaciones jerárquicas entre los lugares, las relaciones contextuales interactivas y las relaciones formadoras de aglomeración.
5. Para explicar la producción del espacio es necesario hacerlo en el contexto general de la teoría de la estructuración. Las formas espaciales son productos contingentes de la articulación dialéctica de la acción y la estructura. Las formas espaciales no revelan por sí mismas las manifestaciones de las fuerzas sociales, sino que ellas deben ser analizadas con detenimiento y más allá de sus apariencias. Sólo existen formas espaciales y modos de producción relacionados por un proceso contingente en varias fases de desarrollo y cambio, y son estos procesos los que deben llamar nuestra atención y no las formas en sí mismas.
6. Para analizar la producción del espacio es necesario considerar los aspectos estructurales del capitalismo más pertinentes y discutir en detalle las características de esos aspectos estructurales, dando énfasis al capitalismo como modo de producción dominante y como un sistema de desarrollo socialmente desequilibrado. Esas fuerzas estructurales contemporáneas

son, por ejemplo, la emergencia de las corporaciones globales y transnacionales que reorganizan la producción en un sistema global caracterizado por la acumulación flexible, la descentralización de la producción, la desindustrialización del centro y la industrialización de la periferia; las transformaciones en las funciones del Estado, la desregulación de la economía y las tendencias dominantes del mercado libre, lo mismo que la emergencia de la ciencia, la tecnología y la industria del conocimiento como fuerzas de producción dominantes.

7. Además de las transformaciones estructurales es necesario tener en cuenta y destacar los intereses específicos de los actores que operan en la sociedad para canalizar los procesos de desarrollo en direcciones específicas y proyectos que crean las formas del ambiente construido. Estos intereses sociales, económicos y políticos específicos se refieren, por ejemplo, a los de los actores involucrados en el negocio de los bienes raíces, la banca, las finanzas, el capital corporativo y el comercio, lo mismo que a los políticos corruptos, los grupos locales de presión, los partidos políticos que necesitan financiación, los ambientalistas y los propietarios de viviendas, entre otros. Sus intereses y los conflictos entre los distintos actores son cuestiones muy importantes en la estructuración del espacio y en cambios espaciales. Comprender el papel de los intereses de los actores en la producción social del espacio requiere entender que los capitalistas son activos en el espacio, y de ahí la necesidad de especificar las acciones de los grupos sociales que constituyen sus respuestas a los incentivos sistémicos del capitalismo.
8. La producción social del espacio, explicada mediante la articulación dialéctica entre acción y estructura, difiere de las perspectivas convencionales que tratan el ambiente construido como el producto de múltiples decisiones independientes tomadas por actores sociales separados.

Es evidente la intención de la propuesta teórica y metodológica de Gottdiener por dejar en claro que la comprensión y la explicación de la producción del espacio y del lugar no se pueden abordar en forma reduccionista, ya sea del tipo estructuralista o del tipo postestructuralista. Se insiste en la necesidad de tener en cuenta tanto estructuras como actores. Pero la distancia que toma de los enfoques marxistas es evidente cuando se rechaza la idea de que el espacio es históricamente constituido por el modo de producción y se hace más énfasis en la contingencia de los procesos. Y en consecuencia, la explicación de las estructuras espaciales no implica la comprensión del modo de producción desde la perspectiva de una geohistoria de larga duración. Gottdiener insiste en que a pesar de

que las ciudades se constituyen por la interacción entre actores capitalistas y estructuras capitalistas, no es posible identificar un prototipo de “ciudad capitalista” o una organización espacial que sea típica de dicho modo de producción. Gottdiener asevera que no existe una estrecha correspondencia entre, por ejemplo, las formas de la ciudad y los estadios en el modo de producción capitalista. Sostiene que no es demostrable la relación entre fases del desarrollo social del capitalismo y las formas espaciales, de manera que no han existido la ciudad capitalista industrial, la ciudad capitalista monopolista o la ciudad capitalista global.

Esto trae consecuencias serias a la hora de pretender abordar el estudio del espacio. Por una parte, parece negarse la existencia de una totalidad espacial generada o producida por el modo de producción capitalista, y por otra se deja entredicho la validez de estudiar el espacio en una dimensión histórica que revele el proceso de su producción. En este punto, la mirada del espacio desde la teoría de la estructuración evade la mirada de la historia de la totalidad espacial diferenciada y desequilibrada, como la proponen Harvey, Soja, Milton Santos, Jhonston o Knox, y dedica su esfuerzo a estudiar históricamente procesos parciales y localizados de estructuración de sociedades que construyen espacios también particulares desarticulados en su temporalidad de larga duración.

La ciudad, desde la perspectiva de Gottdiener, se asume como una entidad o como un sistema, que si bien está expuesta al influjo de las estructuras del capitalismo, puede tomar su forma de fuerzas locales más relacionadas con la conducta de los actores urbanos. Parece entonces que por esta vía se escapan las posibilidades de una teoría general de la producción capitalista del espacio, que permita comprender el desarrollo geográficamente desigual. Aquí radica una de las diferencias fundamentales con el materialismo histórico-geográfico propuesto por Harvey, quien, como se ha mostrado varias veces, considera que el capitalismo ha producido las formas espaciales urbanas actuales, cuya comprensión es imposible si no se analizan los procesos geohistóricos de larga duración propios del sistema capitalista. Harvey (1996: 414) sostiene que:

Todas estas nuevas posibilidades tecnológicas y organizacionales han sido producidas bajo los impulsos del modo de producción capitalista con sus intereses hegemónicos militares, industriales y financieros. Por esta razón, creo que no sólo es útil pensar, sino que es importante reconocer que todos estamos envueltos en un proceso global de urbanización capitalista o de desarrollo espacio-temporal desigual, aún aquellos países que no siguen el modelo de desarrollo capitalista y cuyas formas urbanas no son capitalistas. La manera y el estilo particular de la urbanización tienen grandes variaciones, dependiendo de cómo se proponen, se oponen y se realizan las posibilidades capitalistas. Pero el contexto de posibilidades es definitivamente la producción capitalista.

Según Harvey (1996: 429-430), el concepto de desarrollo urbano geográficamente desigual se enfoca sobre las condiciones histórico-geográficas concretas en que es posible la acción socio-ecológica, y sobre la forma en que la actividad humana, a su vez, transforma las condiciones socio-ecológicas. Esto permite aprehender tres elementos clave para leer e interpretar la ciudad y sus problemas: 1) el palimpsesto de las relaciones socio-ecológicas históricamente sedimentadas en la ciudad; 2) el multivariado y jerárquicamente ordenado mosaico de configuraciones socio-ecológicas que ordenan el espacio, y 3) el permanente movimiento caótico de los flujos que producen, sostienen y disuelven las diferencias geográficas en el espacio a través del tiempo.

Por otra parte, la forma de abordar el espacio y el lugar propuesta por Giddens y Giddens no profundiza en las espacialidades reivindicadas por la geografía de género. El énfasis en estudiar la estructuración del espacio restringe la consideración de las espacialidades generadas por las relaciones entre los actores. No hay que olvidar que en el caso de las geografías de género hay más interés por la espacialidad que por el espacio mismo, entendida la espacialidad como el producto de la espacialización de las relaciones sociales, incluidas las de producción, pero no reducibles a estas últimas.

La “ciencia espacial” desarrollada desde las perspectivas de la teoría de la estructuración por Giddens y Giddens no permite captar la multiplicidad de las formas de poder implícitas en las relaciones sociales entre los actores. Es más, el mismo Giddens argumenta que reconocer esa miríada de micropoderes dificulta el estudio del poder en sí mismo. Si el poder está en todas partes, critica Giddens, y en todas las escalas, entonces no está en ninguna parte, concluye. Pero desconocer las manifestaciones de los micropoderes es también desconocer sus microespacialidades. Tales microespacialidades son notorias en la vida urbana, por ejemplo, las generadas por la apropiación territorial de espacios por vendedores callejeros que excluyen y desterritorializan a otros actores de su misma condición social. El poder se ejerce sobre los actores de forma vertical y de forma horizontal.

La teoría de la estructuración, a nuestro juicio, no tiene en cuenta esas relaciones horizontales, desprecia la micropolítica y prefiere estudiar el problema del poder en la escala estatal e interestatal. Giddens (1997: 285) no hace ningún reconocimiento al posestructuralismo y manifiesta que “debemos romper con el estilo de pensamiento posestructuralista que Foucault representaba”. Pero romper con Foucault implica dejar de ver muchas cosas que quedan ocultas cuando soslayamos lo micro o la microfísica del poder: la micropolítica, la microespacialidad, entre otras.

